

CAPITÁN DE MAR Y GUERRA

PATRIC O'BRIAN

CAPITÁN DE MAR Y GUERRA

Una novela de la Armada inglesa

Traducción de Concha Folcrá
y Aleida Lama Montes de Oca



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Master and Commander*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2023

© Patrick O'Brian, 1970

First published in Great Britain by William

Collins Sons & Co Ltd, 1970

© de la traducción: Concha Folcrá y Aleida Lama Montes de Oca, 1994

© de la presente edición: Edhasa, 1994, 2023

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6433-0

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 15921-2023

Impreso en España

*MARIAE LEMBI NOSTRI
DUCI ET MAGISTRAE
DO DEDICO*

NOTA DEL AUTOR



Cuando se escribe sobre la Armada real inglesa del siglo XVIII y comienzos del XIX es difícil no descuidar algún aspecto; es difícil tratar con entera justicia el tema elegido, puesto que la realidad, casi siempre inverosímil, supera a la ficción. Ni siquiera la imaginación más viva e ingeniosa podría crear la figura del comodoro Nelson saltando del *Captain*, navío armado con setenta y cuatro cañones, a la ventana de la galería del *San Nicolás*, de ochenta cañones, apresándolo y atravesando rápidamente su cubierta para abordar el enorme *San José*, de ciento doce cañones, de modo que «en la cubierta de un navío español de primera clase, por extravagante que pueda parecer el relato, los españoles vencidos me entregaron sus sables; y a medida que me los entregaban los iba pasando a William Fearney, uno de mis lancheros, que con la mayor *sang froid* se los ponía bajo el brazo».

Las páginas de Beatson, James y las de *The Naval Chronicle* (Crónica naval), las Actas Oficiales del Almirantazgo, las biografías de Marshall y O'Byrne están llenas de acciones que quizá sean algo menos espectaculares (sólo hubo un Nelson), pero no menos vigorosas, acciones que pocos hombres podrían inventar y probablemente ninguno podría presentar con absoluta convicción. Por eso, para la descripción de las batallas he ido directamente a las fuentes. Entre la abundancia de brillantes combates descritos con precisión, he escogido los que más admiro; así pues, cuando describo una batalla, dispongo de diarios de a bordo,

cartas oficiales, relatos de la época o las propias memorias de los protagonistas para poder fundamentar todos los cambios. Pero, por otra parte, no me he sentido obligado a seguir un orden estrictamente cronológico; un historiador naval se podrá dar cuenta, por ejemplo, de que la acción que protagonizó sir James Saumarez en el estrecho de Gibraltar la he pospuesto hasta pasada la vendimia, y también verá que una de las batallas de la *Sophie* fue librada, en realidad, por otra corbeta, aunque la intensidad fuera la misma. Desde luego, me he tomado grandes libertades; me he valido de documentos, poemas y cartas; en resumen, *j'ai pris mon bien là où je l'ai trouvé*, y, en un contexto general de hechos históricos, he cambiado nombres, lugares y acontecimientos de menor importancia para adaptarlos a mi relato.

Creo que a los admirables hombres de aquellos tiempos, los Cochranes, Byrons, Falconers, Seymours, Boscauens y la mayoría de los marinos anónimos a partir de los cuales he creado los personajes de mi obra, se les rinde mayor tributo describiendo sus propias acciones, por otra parte espléndidas, en vez de atribuirles otras imaginarias; esa autenticidad es una joya; y el eco de las voces de esos hombres tiene así un valor perdurable.

Quisiera expresar mi reconocimiento a los eruditos y pacientes oficiales de los Archivos Nacionales y del Museo Marítimo de Greenwich, así como al comandante del *Victory*, buque de Su Majestad, por el asesoramiento y la ayuda que me han prestado; no podría haber encontrado mayor amabilidad ni cooperación.

PATRICK O'BRIAN

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA



Ésta es la primera novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, ofrecemos al final de la obra un amplio y detallado glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión de terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

2 pies = 0,3048 metros \longleftrightarrow 1 m = 3,28084 pies

1 pulgada = 2,54 centímetros \longleftrightarrow 1 cm = 0,3937 pulgadas

1 libra = 0,45359 kilogramos \longleftrightarrow 1 kg = 2,20462 libras

CAPÍTULO 1



La sala de música de la casa del gobernador en Puerto Mahón, una estancia octogonal con altas columnas, amplia y elegante, se inundó con los sonidos del primer movimiento del *Cuarteto en do mayor* de Locatelli. Los músicos italianos, apretujados contra la pared por filas de doradas sillas, pequeñas y redondas, tocaban con apasionada convicción al aproximarse al penúltimo *crescendo*, la gran pausa y el profundo y liberador acorde final. Y, sentados en las doradas sillas, al menos algunos asistentes seguían con igual entusiasmo la culminación de la melodía: dos de la tercera fila, a la izquierda, y estaban casualmente uno junto a otro. El de la izquierda era un hombre de entre veinte y treinta años, tan corpulento que el asiento se le quedaba pequeño y sólo podía verse un filo dorado de vez en cuando. Vestía su mejor uniforme: casaca azul con solapas blancas, chaleco blanco, calzones y medias de teniente de la Armada real inglesa, con la medalla de plata del Nilo en el ojal; y marcaba el compás con la mano, agitando el blanquísimo puño de su camisa con botones dorados, mientras sus luminosos ojos azules, sobre un rostro en otro tiempo blanco y sonrosado y ahora muy bronceado, miraban fijamente el arco del primer violín. Se escuchó el agudo, la pausa y el acorde final; y con el acorde final el marino golpeó con firmeza su rodilla con el puño. Se apoyó hacia atrás en la silla, ocupándola por completo, suspiró complacido y miró a su vecino de asiento con una sonrisa. A punto estaba de decir «Señor, me parece una mag-

nífica interpretación», cuando reparó en su mirada glacial y nada amistosa, y oyó en un susurro:

–Si realmente quiere marcar el compás, señor, permítame que le enseñe a no hacerlo a destiempo.

La expresión de Jack Aubrey cambió rápidamente de placentera, amigable y comunicativa a frustrada y hostil. No podía negar que había estado marcando el compás, y, aunque en verdad lo había marcado con total precisión, era algo que no debía hacerse. Se puso rojo, miró fijamente por unos instantes a los ojos inexpresivos de su vecino y dijo:

–Creo... –Y las primeras notas del movimiento lento lo cortaron en seco.

El violoncelo ejecutó lánguidamente dos frases solo, y luego empezó su diálogo con la viola. Jack sólo prestaba atención en parte, pues su mente seguía fija en el hombre de al lado. Con una mirada solapada notó que era bajito, moreno, de tez blanca, con un descolorido abrigo negro: un civil. Era difícil descifrar su edad, pues no sólo tenía ese tipo de expresión que no delata nada especial, sino que llevaba peluca, una peluca entrecana que parecía hecha de alambre y bastante desprovista de polvos: podía estar entre los veinte y los sesenta. «En realidad, es más o menos de mi edad», pensó Jack. «El mamarracho hijo de su madre, con los aires que se da». Después de pensar esto, casi toda su atención se concentró en la música; reconoció el fragmento de la partitura y siguió la ondulante melodía y sus encantadores arabescos hasta su conclusión lógica y satisfactoria. No volvió a acordarse más de su vecino hasta el final del movimiento, y aun entonces evitó mirar hacia donde él estaba.

Durante el minué, Jack no paró de marcar el compás con la cabeza, pero no era consciente de ello, y, al darse cuenta de que estaba dándose palmadas en la pierna y que la mano hacía amago de alzarse en el aire, la colocó bajo su rodilla. Era un sencillo minué, gracioso y agradable, pero curiosamente iba seguido de un último movimiento difícil y un tanto estridente, un mo-

tivo que parecía tratar de expresar algo muy importante. El sonido disminuyó de volumen hasta que sólo se escuchaba el susurro de un violín, y el continuo murmullo de los cuchicheos al fondo de la sala, que no habían cesado, amenazaba con ahogarlo. A un soldado se le escapó una carcajada que trató de acallar, y Jack miró enfadado a su alrededor. Luego el resto del cuarteto se unió al violín y todos interpretaron la pieza hasta el punto donde el tema aparecía de nuevo: era esencial que se incorporaran al curso de la melodía en el momento justo, para que el violoncelo entrara, como era predecible, con su necesaria contribución de «pom, pom-pom-pom, poom». Jack hundió la barbilla en el pecho y, al unísono con el violoncelo, se le escapó «pom, pom-pom-pom, poom». De repente, sintió un codazo en las costillas y un «¡shhh!» en la oreja. Se dio cuenta de que tenía la mano alzada en el aire marcando el compás; la bajó, apretó los labios y mantuvo la mirada baja hasta que se acabó la música. Escuchó el noble final y reconoció que era una conclusión mucho más elaborada de lo que había previsto; sin embargo, no había podido disfrutarla. Durante los aplausos y el alboroto general, su vecino lo observaba con una mirada desafiante cargada de una total y rotunda desaprobación. No se hablaron, pero estuvieron muy pendientes uno del otro mientras la señora Harte, esposa del comandante, interpretaba al arpa una pieza larga y de técnica difícil. Jack Aubrey miraba la noche a través de los grandes y elegantes ventanales: Saturno aparecía por el sursureste, brillante y redondo, en el cielo menorquín. Un codazo, un golpe de esa clase, tan malintencionado y deliberado, era como un puñetazo. Ni su forma de ser ni su código profesional le permitían soportar una afrenta con pasividad, y ¿qué afrenta podía ser más grave que un puñetazo?

Como por el momento no podía exteriorizarlo, su mal humor se transformó en melancolía. Pensó en su situación de marino sin barco, en todas las promesas, a veces firmes y otras a medias, que le hicieron y no cumplieron, y en los distintos pla-

nes que había hecho sobre una base irreal. Le debía ciento veinte libras al agente que se ocupaba de los botines que conseguía y de sus negocios; y el quince por ciento de interés estaba a punto de vencer; y su paga era de cinco libras y doce chelines mensuales. Pensó en algunos conocidos, más jóvenes que él pero con mejor suerte o mayores beneficios, que ahora eran tenientes de navío al mando de bergantines o cúteres, o que habían sido ascendidos a capitán de corbeta; y todos ellos llevándose por delante trabacolos en el Adriático, tartanas en el golfo de León, jabeques y saetías a lo largo de toda la costa española. Gloria, ascenso profesional y el dinero del botín.

El estruendo de los aplausos le indicó que la actuación ya había terminado, y aplaudió con entusiasmo, con una expresión de supremo deleite en su rostro. Molly Harte saludó con una reverencia y sonrió; buscó su mirada y sonrió de nuevo. Él aplaudió con más fuerza, pero ella comprendió que a él no le había gustado o no había estado atendiendo, y su satisfacción disminuyó sensiblemente. Aunque ella continuó recibiendo felicitaciones de la audiencia con una sonrisa radiante, con un vestido de satén azul claro, que le sentaba muy bien, y un collar de perlas de dos vueltas, perlas del *Santa Brígida*.

Jack Aubrey y su vecino del descolorido abrigo negro se levantaron al mismo tiempo y se miraron. La cara de Jack volvió a adquirir una expresión de fría antipatía —las reminiscencias de su afectado entusiasmo, al desvanecerse, eran extraordinariamente desagradables— y dijo en voz baja:

—Mi nombre es Aubrey, señor. Me alojo en el Crown.

—El mío, señor, es Maturin. Suelo estar por las mañanas en el café Joselito. Le ruego que me permita pasar.

Por un momento, Jack sintió unas ganas enormes de coger la silla dorada y estamparla contra la cabeza de aquel hombre de tez blanca, pero dando muestras de tolerancia y civismo lo dejó pasar —no tenía elección, a menos que quisiera chocar con él—, y poco después se abrió paso entre la multitud de flamantes cha-

quetas azules y rojas con algunas negras de los civiles, hasta el círculo que rodeaba a la señora Harte, y por encima del bosque de cabezas le gritó:

—¡Maravilloso, excelente! ¡Una hermosa interpretación!

La saludó con la mano y abandonó la sala.

Al pasar por el vestíbulo, saludó a otros dos oficiales de Marina, uno de ellos antiguo compañero de rancho en la cámara de oficiales del *Agamemnon*, que le dijo: «Pareces muy desanimado, Jack», y el otro, un guardiamarina alto, envarado como exigía el acontecimiento y el rigor de su camisa almidonada y encañonada, que había sido novato en su guardia en el *Thunderer*; y por último saludó con la cabeza al secretario del comandante, el cual respondió sonriendo, arqueando las cejas y con una mirada perspicaz.

«Me pregunto qué estará tramando ahora esa bestia infame», pensó Jack mientras bajaba hacia el puerto. En el camino, vinieron a su mente los recuerdos de la doblez del secretario y de su propio e innoble servilismo hacia ese influyente personaje. Casi le habían prometido un pequeño y gracioso barco corsario francés recientemente capturado y reparado; el hermano del secretario había llegado de Gibraltar y... *adieu*, besos de despedida a ese mando.

—¡A tomar por el culo! —exclamó Jack en voz alta, recordando la política sumisión con que recibió la noticia y las renovadas promesas de futuros cargos no especificados, hechas de buena fe por el secretario.

Luego recordó su propio comportamiento aquella tarde, en especial su retirada para dejar pasar al hombre bajito, y su incapacidad para encontrar la observación adecuada, cualquier réplica que hubiera sido contundente y refinada a la vez. Se sentía profundamente molesto consigo mismo, con el hombre del abrigo negro y con la Marina. Y con la suavidad aterciopelada de aquella noche de abril, y el coro de ruiseñores en los naranjos, y la multitud de estrellas tan bajas que las palmeras parecían tocarlas.

El Crown, donde Jack se alojaba, tenía cierto parecido con su famoso homónimo de Portsmouth: el mismo letrero inmenso, dorado y rojo, colgando en el exterior, una reliquia de antiguas ocupaciones británicas, y también el haber sido construido alrededor del año 1750 al más puro gusto inglés y, a excepción de las tejas, sin concesiones al estilo mediterráneo; pero ahí terminaban las semejanzas. El propietario era de Gibraltar y el personal era español, o, mejor dicho, menorquín; el lugar olía a aceite de oliva, sardinas y vino, y no había ni la más mínima posibilidad de conseguir pastel de carne ni bizcocho con pasas, ni siquiera un decente pudín de sebo. Aunque, por otra parte, ninguna posada inglesa podía ofrecer una monada de doncella tan morenita como Mercedes. En ese momento ella irrumpió en el oscuro descansillo llenándolo de vida y de un brillo especial, y gritó por la escalera:

—¡Teniente, una carta, se la subo...!

Un momento después ya estaba a su lado, sonriendo con inocente complacencia, pero Jack estaba muy pendiente del contenido de cualquier carta dirigida a él y sólo respondió con una frase guasona y un ligero roce a su pecho.

—Y el capitán Allen quiere verlo —añadió.

—¿Allen, Allen? ¿Qué diablos querrá de mí? —El capitán Allen era un hombre mayor y apacible; Jack sabía únicamente que había luchado contra los revolucionarios americanos y se le consideraba un hombre de gran determinación, que solía cambiar de rumbo virando a sotavento con un giro repentino de timón y llevaba una casaca larga con faldones—. ¡Oh! Sin duda el funeral, una firma.

—¿Triste, teniente, triste? —dijo Mercedes saliendo al pasillo—. ¡Pobre teniente!

Jack cogió la vela de la mesa y se dirigió directamente a su habitación. No se preocupó de la carta hasta que se quitó el abrigo y se desprendió de sus armas; luego la examinó por fuera con recelo. Observó que estaba dirigida al «capitán» Aubrey

de la Armada real inglesa, con una letra que no conocía. Frunció el ceño.

—¡Demonios! —exclamó, y le dio la vuelta a la carta. El sello negro estaba borroso, y, aunque lo tenía cerca de la vela y la luz le daba de lleno, no lograba distinguirlo bien—. No puedo reconocerlo —dijo—. Pero al menos no es del viejo Hunks. Él siempre sella con lacre. —Hunks era su agente, su buitre, su acreedor.

Por fin se decidió a abrir la carta, que decía:

El muy honorable lord Keith, caballero de Bath, *Admiral of the Blue*,¹ y comandante en jefe de la flota de su majestad en el Mediterráneo, constituida y por constituir, etc.

Considerando que el capitán Samuel Allen de la *Sophie*, corbeta de su majestad, ha sido destinado a la fragata *Pallas* por el fallecimiento del capitán James Bradby:

Por la presente se le requiere para que suba a bordo de la *Sophie* y asuma el cargo de capitán al mando de la misma; con la obligación de ordenar a oficiales y compañías de guardiamarinas de la susodicha corbeta que se responsabilicen de sus respectivas tareas con el debido respeto y obediencia hacia usted, su capitán; y del mismo modo deberá usted observar las instrucciones generales impresas, así como las órdenes e instrucciones de su majestad que ocasionalmente reciba a través de cualquier oficial superior. De lo expresado anteriormente, ni usted ni ningún otro faltarán a su deber, de lo contrario responderán por su cuenta y riesgo.

Ésta es la orden para ser cumplida.

A bordo del *Foudroyant* en alta mar, 1 de abril de 1800.

Para John Aubrey, nombrado capitán de la *Sophie*, corbeta de su majestad.

Por orden del almirante Thos Walker.

1 *Admiral of the Red / Blue / White*: almirante de la escuadra roja / azul / blanca.

Sus ojos recorrieron todo el texto en un instante, aunque su mente se negaba tanto a leerlo como a creerlo; enrojeció, y con una expresión seria y dura se obligó a sí mismo a leerlo línea por línea. En la segunda lectura avanzaba cada vez más rápido: sintió en su corazón una alegría y un placer inmensos. Enrojeció aún más y su boca se curvó en una sonrisa. Se reía dando palmaditas a la carta; la dobló, la desdobló y la leyó de nuevo con la mayor atención, ya que había olvidado por completo la bella frase del párrafo central. Se quedó helado cuando clavó la vista en la desafortunada fecha, y sintió que iban a desmoronarse los cimientos de ese nuevo mundo que de repente había llenado su vida de expectativas. Acercó la carta a la luz y allí, firme, reconfortante e inamovible como el peñón de Gibraltar, vio el sello del Almirantazgo, la eminente y respetable ancla de la esperanza.

No podía estarse quieto. Paseando nervioso de un lado a otro de la habitación, se puso el abrigo y se lo volvió a quitar, mientras hacía una serie de comentarios inconexos riendo entre dientes: «Mira por dónde, yo preocupándome..., ¡ja, ja!, un bergantín tan gracioso, lo conozco bien..., ¡ja, ja!, me hubiera sentido el más feliz de los mortales al mando de cualquier carraca o de la corbeta *Vulture*..., cualquier barco..., con excelente letra redondilla, papel de buena calidad..., casi el único bergantín en la Armada con alcázar: una cabina encantadora, sin duda..., un tiempo estupendo, tan cálido..., ¡ja, ja!, si al menos pudiera conseguir una buena tripulación: eso es lo más importante...». Estaba muy hambriento y sediento; hizo sonar la campanilla con vehemencia, pero antes de que la cuerda dejara de balancearse ya estaba en el pasillo llamando a la camarera.

—¡Mercy, Mercy! ¡Ah, estás ahí, querida! ¿Puedes traerme algo de comer, *manger*, *mangiare*? Pollo. Pollo asado frío. Y una botella de vino, mejor dos botellas de vino. Y..., Mercy, ¿podrías hacerme un favor? Quiero, *désire*, que me hagas un favor. Coser, *cosare*, un botón.

—Sí, teniente —dijo Mercedes con ojos inquietos. Y sus blancos dientes brillaban a la luz de la vela.

—¡Teniente no! —exclamó Jack, dejándola sin aliento al estrechar su cuerpo rellenito y flexible—. ¡Capitán, *capitano*, ja, ja, ja!

★ ★ ★

Por la mañana, después de un sueño muy muy profundo, se despertó totalmente despejado, e incluso antes de abrir los ojos, la idea de haber sido ascendido lo hacía sentirse eufórico.

«No es de primera clase, desde luego —pensó—, pero ¿quién diablos preferiría un gran y reluciente navío de primera clase sin la menor posibilidad de hacer un crucero independiente? ¿Dónde está amarrada? Después del muelle del arsenal, en el atracadero siguiente al del *Rattler*. Bajaré enseguida, sin perder un instante, para darle un vistazo. No, no. Eso no estaría bien, tengo que avisarles correctamente. No, lo primero que debo hacer es ir a dar las gracias a las dependencias apropiadas y pedir una cita con Allen, mi querido amigo Allen. Tengo que darle la enhorabuena».

Lo primero que hizo, en realidad, fue cruzar la calle y entrar en el almacén de suministros navales para ampliar su crédito y así adquirir una noble, pesada y maciza charretera, distintivo de su rango actual, un símbolo que el vendedor le colocó inmediatamente en el hombro izquierdo, situándose luego detrás de él, frente al gran espejo. Y, a través de éste, ambos la contemplaron con satisfacción.

Al cerrarse la puerta tras él, Jack vio al hombre del abrigo negro al otro lado de la calle, cerca del café. El recuerdo de la noche anterior vino a su mente, atravesó corriendo y exclamó:

—¡Señor! ¡Señor Maturin! ¡Vaya, si está usted aquí, señor! Le debo mil disculpas. Me temo que debí de parecerle un pelmazo anoche, y espero que me perdone. Nosotros los marinos tenemos tan pocas ocasiones de escuchar música, y estamos tan

poco acostumbrados a compañía distinguida, que nos exaltamos fácilmente. Le ruego que me perdone.

—Mi querido señor —dijo el hombre del abrigo negro mientras su cara, de una palidez cadavérica, se sonrojaba—. Tenía usted toda la razón al estar exaltado. Nunca en mi vida había escuchado un cuarteto mejor, esa unidad, esa pasión. ¿Le apetece una taza de chocolate o de café? Me encantaría que me acompañara.

—Es usted muy amable, señor. Nada me gustaría más. Para serle sincero, estaba tan atolondrado que me olvidé de desayunar. Me acaban de ascender —añadió riendo con naturalidad.

—¿Ah, sí? Mi más sincera enhorabuena. Entre, por favor. —Cuando el camarero vio al señor Maturin, hizo con el dedo índice ese desalentador gesto mediterráneo que indica negación, un movimiento de péndulo invertido. Maturin levantó los hombros y le dijo a Jack—: El correo es terriblemente lento hoy en día. —Y se dirigió al camarero en el catalán de la isla—: Tráenos una taza de chocolate, Jep, muy bien batido, y un poco de nata.

—¿Habla usted español, señor? —preguntó Jack, sentándose y separando aparatosamente los faldones de su casaca para dejar el sable a la vista, dando así un toque de clase a la humilde estancia—. Debe de ser espléndido poder hablar español. Lo he intentado varias veces, y también con el francés y el italiano, pero no lo consigo. En general, me hago entender, pero cuando ellos se ponen a hablar lo hacen tan rápido que me dejan desconcertado. El fallo está aquí, creo —dijo golpeándose la frente—. Me pasaba lo mismo con el latín, cuando era chico. ¡Y cuán a menudo me azotaba el viejo Pagan!

Se rio tan a gusto al recordarlo que el camarero, que llegaba con el chocolate, también se rio y dijo:

—¡Magnífico día, capitán, señor, magnífico día!

—¡Un día prodigiosamente bueno! —exclamó Jack contemplando su cara de rata con benevolencia—. *Bello soleil*, desde luego. Pero —añadió, inclinándose y mirando el cielo por la ventana—

no me sorprendería que soplara tramontana. —Y volviéndose al señor Maturin dijo—: Esta mañana, al levantarme, ya observé ese tono verdoso al nornoroeste y me dije: «Cuando la brisa marina se calme, no me sorprendería que soplara tramontana».

—Es curioso que le resulten difíciles las lenguas extranjeras, señor —dijo el señor Maturin, que era incapaz de opinar sobre el tiempo—, pues es razonable suponer que un buen oído musical vaya acompañado de la facilidad para aprender idiomas, es decir, que ambas cosas vayan necesariamente unidas.

—Seguramente está usted en lo cierto, desde el punto de vista filosófico —dijo Jack—. Pero es así como le digo. Aunque es posible que mi oído musical tampoco sea tan bueno, a pesar de que amo muchísimo la música. Sólo Dios sabe lo mucho que me cuesta dar la nota exacta, justamente en el centro.

—¿Toca usted algún instrumento, señor?

—Rasco el violín un poco, señor. Lo martirizo de vez en cuando.

—¡Yo también! ¡Yo también! Siempre que dispongo de tiempo libre, hago mis pinitos con el violoncelo.

—Un noble instrumento —dijo Jack, y hablaron de la música de Boccherini, arcos y resinas, copistas y el cuidado de las cuerdas, disfrutando de la mutua compañía hasta que el horrible reloj de péndulo en forma de lira dio la hora; Jack Aubrey vació su taza y apartó la silla—. Espero que pueda perdonarme. Tengo que hacer una serie de visitas oficiales y entrevistarme con mi predecesor. Pero sería un honor para mí, mejor dicho, un placer contar con su compañía para comer.

—Con mucho gusto —respondió Maturin haciendo una inclinación.

Estaban junto a la puerta.

—Entonces, ¿qué le parece a las tres en el Crown? —dijo Jack—. En la Marina no nos permitimos horarios elegantes, y cuando llega esa hora me pongo de muy mal humor porque estoy muerto de hambre, espero que lo comprenda. Mojaremos

los galones, y, cuando estén generosamente mojados, tal vez podamos interpretar algo de música, si le apetece.

—¿Ha visto la abubilla? —gritó el hombre del abrigo negro.

—¿Qué es una abubilla? —preguntó Jack mirando a todas partes.

—Un pájaro. Ese pájaro color canela con rayas negras. *Upupa epops*. ¡Allí, allí sobre el tejado! ¡Allí! ¡Allí!

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde está?

—Ya se ha ido. Desde que llegué estaba esperando ver una abubilla. ¡En el centro de la ciudad! Dichosa Mahón, por dar alojamiento a esos habitantes. Pero le ruego me disculpe, usted hablaba de mojar los galones.

—¡Ah, sí! Es una expresión que usamos en la Marina. Esto es un galón —dijo señalando su charretera—, y la primera vez que embarcamos los mojamos, es decir, nos tomamos una o dos botellas de vino.

—¡No me diga! —exclamó Maturin inclinando cortésmente la cabeza—. Es decorativo, un símbolo de rango, no me cabe la menor duda. Un adorno muy elegante, a fe mía que lo es. Pero, mi estimado señor, ¿no ha olvidado usted la otra?

—Bien —dijo Jack sonriendo—, me parece que más adelante me pondré las dos. Ahora le deseo un feliz día, y muchas gracias por el chocolate. Me alegro mucho de que haya podido ver el *epop*.

La primera visita que Jack debía hacer era al capitán de mayor rango, el comandante de Marina de Puerto Mahón. El capitán Harte vivía en una casa grande, de distribución irregular, con una serie de dependencias oficiales al fondo del patio, propiedad de un tal Martínez, un comerciante español. Al cruzar el patio, por cuyos soleados muros corrían las salamanquesas, Jack escuchó el sonido de un arpa, tan amortiguado que no era más que un tintineo, porque los postigos estaban cerrados para evitar el sol de la mañana.

El capitán Harte era de pequeña estatura, con un cierto parecido a lord Saint Vincent que él intentaba acentuar encor-

vándose y tratando con violencia y crueldad a sus subordinados, y también utilizando modos conservadores. Tal vez sentía antipatía hacia Jack porque éste era alto, y él, bajito, o porque sospechaba que tenía un lío con su mujer, daba lo mismo, la antipatía era mutua y había surgido mucho tiempo atrás. Sus primeras palabras fueron:

—Bien, señor Aubrey, ¿dónde diablos estaba usted? Lo esperaba ayer por la tarde. Allen también lo esperaba ayer por la tarde. Me quedé sorprendido al saber que no pudo encontrarlo. Desde luego, me parece bien que se divierta —dijo sonriendo—, pero le aseguro que tiene usted una idea muy rara de lo que significa asumir un mando. Allen debe de estar ya a veinte leguas de aquí, y la tripulación regular de la *Sophie* seguramente estará con él, y ya no hablemos de los oficiales. Y, respecto a los diarios, garantías, listas y todo eso, los tuvimos que chapucear lo mejor que pudimos. Algo totalmente irregular. De una irregularidad pasmosa.

—¿Ha zarpado ya la *Pallas*, señor? —preguntó Jack horrorizado.

—Zarpó a medianoche, señor —dijo el capitán Harte con expresión satisfecha—. Las exigencias del servicio no pueden subordinarse a nuestra comodidad, señor Aubrey. Y, además, me he visto obligado a reclutar a los marineros que dejó para servicios portuarios.

—No me enteré hasta anoche; de hecho, esta madrugada, entre la una y las dos.

—¿Ah, sí? Me sorprende usted. Estoy asombrado. Sin duda la carta salió a tiempo. La culpa la tienen los de su posada. No hay que esperar que colaboren con un forastero. Le deseo que el mando que le han encomendado lo llene de satisfacciones, se lo aseguro, pero le confieso que no sé cómo va a hacerse a la mar, sin tripulación para salir del puerto. Allen se llevó a su primer oficial, y al cirujano, y a los guardiamarinas más prometedores; y, por supuesto, yo no puedo darle ni un solo hombre que sepa lo que se hace.

—Bien, señor —dijo Jack—. Supongo que debo sacar el máximo provecho de lo que queda. Desde luego, era comprensible que cualquier oficial que tuviera la oportunidad de pasar de un pequeño, lento y viejo bergantín a una afortunada fragata como la *Pallas* lo hiciera. Y, desde tiempos inmemoriales, un capitán que cambie de navío puede llevarse al contraamaestre y a la tripulación de los botes, junto con algunos de sus seguidores, y, si no se le vigilara de cerca, podría cometer barbaridades ampliando los límites de su tripulación.

—Puedo dejarle un capellán —dijo el comandante ahondando más en la herida.

—¿Sabe aferrar, arrizar y llevar el timón? —preguntó Jack, dispuesto a mantenerse impávido—. Si no le importa, le ruego que me disculpe.

—Que pase un buen día, señor Aubrey. Esta tarde le enviaré las órdenes.

—Que tenga un buen día, señor. Supongo que la señora Harte estará en casa. Quisiera ofrecerle mis respetos y felicitarla. Quiero darle las gracias por la agradable velada de anoche.

—¿Así que estaba usted en casa del gobernador? —preguntó el capitán Harte, que lo sabía perfectamente, y cuya sucia jugarrera se basaba en eso, en que lo sabía perfectamente—. Si no se hubiera ido de picos pardos, podría usted haber estado a bordo de su propia corbeta, como corresponde a un oficial. ¡Que me aspen si lo entiendo! ¡Que un joven prefiera la compañía de violinistas y eunucos a tomar posesión del primer mando!

Cuando Jack atravesó el patio para saludar a la señora Harte, sentía mucho calor con el abrigo puesto, aunque el sol ya no parecía brillar tanto. Subió corriendo las escaleras con aquel peso encantador y poco habitual saltando en su hombro izquierdo, y se encontró en la casa con un teniente que no conocía y con el guardiamarina envarado de la noche anterior, porque en Puerto Mahón era muy importante hacer una visita matutina a la señora Harte. Ella estaba sentada frente al arpa, muy acicalada, ha-

blando con el teniente, pero al verlo entrar él se levantó y, ofreciéndole ambas manos, exclamó:

—¡Capitán Aubrey, qué alegría verlo! ¡Muchas, muchas felicidades! Acérquese, tenemos que mojar los galones. Señor Parker, tire de la campanilla, por favor.

—Le deseo mucha suerte, señor —dijo el teniente, complacido, pues veía hecho realidad un anhelo que también él tenía.

El guardiamarina rondaba por allí, pensando si debía hablar, por encontrarse en tan augusta compañía; y entonces, justo cuando la señora Harte se disponía a hacer las presentaciones, dijo con voz grave y sonrojándose:

—Felicidades, señor.

—El señor Stapleton, tercero de a bordo del *Guerrier* —dijo la señora Harte, indicándolo con la mano—. Y el señor Burnet, del *Isis*. ¡Carmen, tráenos vino de Madeira!

Era una mujer elegante y refinada, y sin ser graciosa ni bella, daba la impresión de ser ambas cosas a la vez, sobre todo por su forma de llevar erguida la cabeza. Menospreciaba al canijo de su marido, que era servil con ella, y se había dedicado a la música para evadirse. Pero no parecía que la música le bastara, pues se había servido un vaso lleno hasta el borde y se lo había bebido de un trago con mucha práctica.

Un poco más tarde, el señor Stapleton se despidió, y, después de cinco minutos de «delicioso..., no muy caluroso, ni siquiera al mediodía..., calor atenuado por la brisa..., viento del norte un poco molesto..., por otra parte, saludable..., ya era verano..., preferible al frío y a la lluvia del abril inglés..., el calor, en general, más agradable que el frío», dijo:

—Señor Burnet, ¿puedo pedirle un favor? Me dejé mi retículo en casa del gobernador.

—¡Qué bien tocaste ayer, Molly! —dijo Jack al cerrarse la puerta.

—¡Jack, me siento tan feliz de que por fin tengas barco!

—Yo también. No creo haberme sentido tan dichoso en toda mi vida. Ayer estaba tan malhumorado y en baja forma que estuve a punto de colgarme, y luego, al regresar al Crown, encontré la carta. ¿No es maravilloso?

Juntos la leyeron en silencio.

—De lo contrario, responderán por su cuenta y riesgo —repitió la señora Harte—. Jack, te ruego, te suplico que no captures presas neutrales. Esa corbeta de Ragusa que mandó el pobre Willoughby no ha sido condenada, y los propietarios lo van a demandar.

—No te preocupes, querida Molly —dijo Jack—. No haré presas en bastante tiempo, te lo aseguro. Esta carta se envió con retraso, un maldito y extraño retraso, y Allen ha zarpado con lo mejor de la tripulación y ha sido enviado a alta mar con muchas prisas antes de que yo pudiera verlo. Y el comandante tiene ocupados a los tripulantes que quedaban en servicios portuarios. Parece que no podemos salir del puerto; así que me temo que estaremos varados durante mucho tiempo, sin olfatear siquiera un botín.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Harte sonrojándose. Y en ese momento entraron lady Warren y su hermano, un capitán de Infantería de Marina—. ¡Queridísima Ana! —exclamó Molly Harte—. Ven, acércate y ayúdame a remediar una flagrante injusticia. Aquí está el capitán Aubrey. ¿Se conocen ustedes?

—Servidor de usted, señora —dijo Jack haciéndole una respetuosa y profunda reverencia, pues era la esposa nada menos que de un almirante.

—... un oficial de mérito y valiente, un *tory* a toda prueba, hijo del general Aubrey, y ha sido tratado de la forma más abominable.

Mientras estaba en la casa, el calor había aumentado, y al salir a la calle el aire caliente le dio en la cara como si se tratara de otro elemento; sin embargo, no era sofocante ni bochornoso, y su brillantez eliminaba cualquier sensación de agobio. Después

de un par de vueltas, llegó a la calle de tres vías donde desembocaba la carretera de Ciudadela y que bajaba hasta la plaza con pórticos, o mejor dicho, terrazas que daban a los muelles. Cruzó del lado de la sombra, donde se alzaban las casas inglesas con ventanas de guillotina, montantes de abanico y adoquines en la entrada en asombrosa armonía con sus vecinas: la iglesia barroca de los jesuitas y las aisladas mansiones españolas con grandes escudos de armas sobre la puerta.

Una cuadrilla de marineros pasó por la acera de enfrente, unos con amplios pantalones de rayas, otros con pantalones de simple loneta; algunos con chalecos rojos y otros con chaquetas azules de fieltro; unos con sombreros de lona alquitranada —a pesar del calor— y otros con amplios sombreros de paja, y el resto con pañuelos de lunares atados a la cabeza; pero todos con largas coletas que se balanceaban y ese aire indefinible de tripulantes de un navío de guerra. Perteneían al *Bellerephon*, iban riendo y hablando en voz alta en inglés y español, y, a su paso, Jack los miró ansioso. Se acercaba a la plaza, y a través de las verdes hojas de los árboles en primavera pudo distinguir a lo lejos, del otro lado del puerto, las sobrejuanetes y juanetes del *Généreux* titilando al sol, tendidas para secarse. El bullicio de la calle, el verde de las hojas y el azul del cielo bastaban para que cualquier hombre se sintiera en las nubes como una alondra, y podía decirse que tres cuartas partes de Jack volaban muy alto. Pero la parte restante estaba a ras de tierra, pensando con angustia en la tripulación. Desde sus primeros tiempos en la Marina, se había familiarizado con la pesadilla de la selección de tripulantes, y la primera herida grave se la había infligido una mujer en Deal, con una plancha, junto al tablón, porque según ella su hombre no debía irse con la leva. Pero no se imaginaba que se enfrentaría tan pronto con el problema al asumir este mando, ni de esa forma, ni en el Mediterráneo.

Había llegado a la plaza, con sus magníficos árboles y las grandes escaleras gemelas, que descendían describiendo curvas

hasta el muelle, conocidas por los marineros británicos desde hacía cien años como Pigtail Steps² y donde abundaban miembros rotos y cabezas golpeadas. Cruzó hasta el muro bajo que unía la parte superior de las dos escaleras y observó frente a él la inmensa superficie de agua cercada, extendiéndose por la izquierda hasta el lejano final del puerto y por la derecha hasta la boca, vigilada por el castillo, más allá de la isla del hospital, a varias millas de distancia. A su izquierda estaban los comerciantes: docenas..., cientos de faluchos, tartanas, jabeques, pingues, polarcas, velacheros, *heurs*, y barcaslongas (todos los tipos de aparejo del Mediterráneo). También había gatas, bacaladeros y arenqueros (aparejos de los mares del norte). A su derecha, estaban los buques de guerra: dos navíos de línea, ambos de setenta y cuatro cañones; una hermosa fragata de veintiocho cañones, la *Niobe*, cuyos tripulantes estaban pintándole una franja rojo bermellón bajo la franja cuadrículada de las portas y por encima del delicado espejo de popa, imitando un barco español admirado por su capitán; y numerosos buques de transporte y otras embarcaciones; y además, en el espacio comprendido entre ellos y los escalones del muelle, innumerables botes iban y venían: chalupas, barcasas de los barcos de línea, lanchas, cúteres, esquifes y yolas, y hasta el chinchorro perteneciente a la bombardera *Tartarus*, que se arrastraba apenas a diez centímetros del agua agobiado por el enorme peso del contador. Todavía más a la derecha el muelle giraba hacia el astillero, el servicio de material de guerra, el almacén de avituallamiento y la isla de la cuarentena, impidiendo ver muchos otros barcos. Jack puso el pie en el parapeto y estiró la cabeza con la esperanza de vislumbrar la causante de su felicidad, pero ésta no podía verse. Se fue por el lado izquierdo de mala gana, hacia la oficina del señor Williams. El señor Williams

2 Escaleras Pigtail: «Escaleras de las coletas». Se denominaban así porque los marineros de la época, que solían llevar el pelo recogido en una coleta, debían pasar por estas escaleras para ir al muelle.